

objeto de demostrarlo, y tambien como nos da esta reunion de las ideas, todos los conocimientos necesarios para nuestra conservacion. Su obra es incompleta, sin embargo de que merece estudiarse.

Buffon, que se propuso hacer la historia de nuestros pensamientos, supone al hombre ya con todos los conocimientos y hasta hábitos que hubiera debido hacerle adquirir. No conoció por que orden de juicios se desenvuelve cada sentido, á mas de que es exagerado su pensamiento.

No descubriremos una norma para nuestros conocimientos si ignoramos como han sido formados. Aristóteles se eleva hasta convenir en la necesidad de reunir en una máxima general el sistema de todos nuestros conocimientos.

El inglés Loke, celoso en hacer luz en esta cuestion, dejó, sin embargo, muchas sombras: la mayor parte de los juicios que se mezclan con nuestras sensaciones se le escaparon, y esta hubiera sido la parte de que yo me hubiera hecho cargo para terminar con éxito mi tarea. Se apartó mucho de la verdadera escuela, tanto que sin *Molinéux* se le hubiera dejado de notar la relacion de los juicios con las sensaciones de la vista. Niega espresamente que suceda lo mismo con los otros sentidos.

Voy á concluir la parte que trata del escepticismo y no será sin afirmar severamente, para salvar á los unos de su error y satisfacer la curiosidad de todos, que no ha habido un verdadero escéptico en toda la estension de la palabra, ó que la duda no llegó nunca á ese grado de universalidad que algunos suponen, y tan cerca va de la impiedad y el ateismo. Esto no lo digo yo solo, lo dice *Balmes* y lo aseguran otros filósofos.

Queda reconocido que nuestro entendimiento está abundantemente provisto de medios para adquirir noticias de los fenómenos, así en el orden material como en el espiritual y posee bastante discrecion para descubrir, deslindar y clasificar las leyes á que están sujetos.

JOSE DE LA CUESTA.

TERCERA SERIE.—1868.

ESTUDIOS HISTORICOS.

(Conclusion).

Una provincia separada de la monarquía de los Alfonsos, pugna por su autonomía, y el reino de Portugal se forma por la revolucion y la conquista. No tiene otro derecho. Pero lo hicieron valer, cuando los leoneses, los gallegos y los castellanos hubieron arrojado á los árabes de la mayor parte de la Lusitania, que no empieza á llamarse tierra portugalense, hasta los siglos XI y XII.

Alfonso VI, que llevó sus armas hasta el Tajo, conquistando á *Mondego*, *Santarem*, *Lisboa* y *Cintra*, cometió el grave error de adjudicar por via de dote el distrito portugalense á su hija bastarda *doña Teresa*, que casó con *Enrique de Borgoña*, el cual vino á Castilla en busca de fortuna y la halló completa.

Los disturbios de Castilla durante la minoría de don Alfonso VII, favorecieron los intentos de los portugueses, y lo que comenzó en contienda civil entre una madre ilustre y un hijo ambicioso, acabó por una guerra de nacionalidad, que separó el Portugal de España, en el reinado de Alfonso VII, por lo que no podemos prescindir de este asunto.

Don Sancho III de Castilla, fué tan deseado por lo mucho que tardó en nacer, como sentido por su temprana muerte, y el reinado de don Fernando II de Leon se confunde con la turbulenta minoría de don Alfonso VIII.

Comprendiendo, aunque niño, que era necesario poner término á los desórdenes, se declaró mayor de edad sin serlo, restableció la tranquilidad y la justicia, convocó despues Cortes para legalizar su mayoría, y á ellas concurren por primera vez los representantes del estado llano, de

AÑO XXVI. 6.

biendo el pueblo á un Alfonso este progreso tan significativo que por sí solo demostraría cuan adelantada iba España sobre las demás naciones. Era el año 1169, cuando se rennieron estas Córtes en Búrgos: la Inglaterra no admitió en su parlamento la representación popular hasta 1225; la Alemania hasta 1293, y la Francia hasta 1303.

Recupera lo que en su minoría le usurparan, conquista un nuevo reino á los árabes, y da á Cuenca, su capital, uno de los fueros más notables de la época, tomado del que Alfonso II de Aragon diera á Teruel, y erige con sus rentas, no con gravosas imposiciones, el sin par monasterio de Santa Maria de las Huelgas, y el famoso hospital del Rey, Vésele diligente en todas partes reformando abusos y estableciendo la justicia, oponiéndose á las ambiciosas pretensiones de los monarcas, sus vecinos, y cuando pudo atender á la guerra contra el infiel fué en su busca hasta las mismas playas de Algeciras, y desde allí escribió al jefe de los Almohades, que si no podía venir contra él ni enviar sus gentes, le enviara barcos y él pasaría. Vengáronse los musulmanes en Alarcos de este reto, pero don Alfonso, después de reponerse del desastre, de apoderarse de Alava, Guipuzcoa y parte de la Gascuña y de hacer frente á desgracias domésticas y guerras entre cristianos, obtuvo en las Navas el triunfo más señalado que hasta entonces habian tenido las armas cristianas, que causó la admiración del mundo y es aun conmemorado por la Iglesia. Bastára este hecho para inmortalizar el reinado de Alfonso; pero el que se acababa de mostrar el primer guerrero del orbe cristiano, se ostentó el héroe de la caridad con motivo de la miseria pública que un año estéril produjo. Así conquistó el amor de sus vasallos, y así traspasó á todos de dolor la noticia de su muerte, pues con *Alfonso el Bueno*, se enterró la gloria de entonces de Castilla. Sus restos se conservan y veneran como los de un santo.

A la vez que Alfonso VIII en Castilla se distinguía en Leon otro Alfonso, padre de un santo y gran rey.

Rudo como la época exigía, para estirpar los vicios, practicaba la caridad hasta el punto de enviar á los necesitados el alimento de la despensa de su palacio. Conquistó á Cáceres, Badajoz y otros pueblos que ensancharon los límites de la monarquía leonesa, pobló infinitos lugares engrandeciendo el reino, fundó la universidad de Salamanca, y las letras y la condición social le deben importantes beneficios y progresos.

Turbulenta como todas las minorías, la de Enrique I en Castilla tuvo la ventaja de ser breve. Ocupa el trono entonces doña Berenguela, pero era la Grande, que cede la corona á su hijo don Fernando, que lo era también de don Alfonso de Leon, se desprende hasta de sus joyas para hacer frente á aquellos ambiciosos Laras que *habian perdido los tesoros de la vergüenza*, y vió en breve reinar tranquilo á su hijo, que dejaba á su madre la gobernación del reino, mientras él iba á conquistar ciudades á Andalucía.

Prenda de unión doña Berenguela de las coronas de Leon y de Castilla, debiéndose á ella el que se verificara sin derramarse una gota de sangre, reunió don Fernando la monarquía más vasta de España, á la que se aumentaron los reinos de Murcia, Córdoba y Sevilla: cuando vió el término de su vida dió el cetro y sanos consejos á su hijo don Alfonso, apartó de su vista toda insignia real, con una soga al cuello recibió el Viático, y mandando entonar el *Te Deum*, espiró en medio de este canto de triunfo, trocando la corona de la tierra por la del cielo, pues está colocado en el catálogo de los santos.

A la vez que crecía el reino, aumentaba el prestigio de la monarquía, que sin de-

jar de ser eminentemente religiosa, y construir templos y conceder grandes mercedes á las iglesias y al clero, ponía la mano en la correccion de los abusos y pugnaba con el Vaticano.

Si no queria ser teocrática la monarquía, tampoco aristocrática, para lo cual mediaba en los negocios de los nobles y hasta en sus querellas, con el establecimiento de la tregua de unos dias desde el del reto.

Arraigábase la administracion de la justicia, reservada á los reyes, empezáronse á introducir en los municipios jueces de nombramiento real y con sueldo, origen de los corregidores, y aspirando á ejercer verdadera soberanía, se apropiaban los monarcas facultades que eran ya abusos de autoridad, aun cuando los hicieran necesarios la turbulencia de los tiempos y la ambicion y audacia de las personas.

No habian aumentado menos la influencia y el poder del clero con la acumulacion de inmensas riquezas; y considerándose ya un mal las grandes masas de bienes raíces en manos muertas, prohíbe el Fuero de Sepúlveda vender ó dar á los cogolludos raíz, «ni á los que dejan el mundo, así como su orden les vieda á ellos vender y dar heredad á los seglares:» confirma este fuero Alfonso VI, sigue los mismos principios el VII, y hasta el VIII considerado santo, dicta leyes contra la amortizacion, como lo hizo en el de Cuenca. En el Viejo de Castilla, en los municipales y en las cortes se dificulta la amortizacion eclesiástica.

No era posible de otra manera el engrandecimiento del reino, no podia continuar el abuso de que un monasterio, el de Sahagun, reuniera ciento treinta y dos filiaciones, muchas ciudades y villas, y su abad obtuviera y publicara además una bula concediendo treinta y un dias de indulgencia á todo el que donare ó legare á su convento. No podia brillar la monarquía cuando el rey y la reina *juntos* necesitaban *rogar con grande instancia y pedir con devotas precauciones*, que el monasterio de mon-

jas de San Clemente de Toledo, permaneciera con voluntad y licencia del prelado incorporado á la orden del Cister.

Este mismo engrandecimiento del clero empezó á relajar su disciplina, hasta el punto de abandonar sagrados deberes que exigieron grandes esfuerzos de los prelados para contener el mal, y mucho remediaron las nuevas órdenes que, remontándose á las reglas primitivas de la vida religiosa, renovaban la santidad de los institutos, hasta que gradualmente se fueron relajando é hicieron necesarios nuevos reformadores. Esplotando los monasterios la devocion de los pueblos, constituian una especie de compañía de seguros de salvacion, y no habia siniestros porque el silencio del sepulcro los garantía.

A tan poderosa corrupcion hicieron frente Francisco de Asís y Domingo de Guzman, oponiendo á las antiguas congregaciones ricas y privilegiadas, otras pobres y humildes que se hicieron al punto populares, y hubieran sido los tribunales de la plebe, si la curia romana previendo su futura influencia no la aprovechase como instrumento de su propio poder.

Enaltecido el sentimiento religioso, que era una de las bases de la nacionalidad y de la grandeza del Estado, se llevó á esas órdenes religioso-militares, que conocidas ya entre los árabes de España, dieron un carácter especial á la Edad Media.

Aunque el municipio y los fueros de señorío mermaran algun poder á la nobleza, como existia la guerra, y los nobles no escaseaban su sangre, adquirian por este medio lo que el municipio les hiciera perder. Aumentábase, además, la clase con los ciudadanos que tenian caballo para pelear, y estos nuevos nobles ó caballeros que, por sus cualidades y su riqueza ejercian influencia en los pueblos, servian como de contrapeso á la antigua aristocracia, cuando no rivalizaban con ella, para ser tan altivos ó escenderla en altivez. Y á viejos y á nuevos nobles se veia hacer frente al monarca, desnaturalizarse del reino con sus amigos y vasallos, y sostener el

que se les otorgaban; y á la vez que el trono salía incólume de las minorías; estas redundaban en beneficio de la libertad de aquellos, cuya alianza con el trono así se estrechaba y robustecía.

Un rey, Fernando IV, toma cuenta al arzobispo de Toledo, y Alfonso XI hace que los hidalgos juren entregarle, cuando los reclame, los castillos que tenían por los ricos hombres, reivindicando así el supremo señorío de la corona, y prohíbe enagenar los pueblos ó señoríos de realengo.

Avanzaba, aunque penosamente, la grande obra de la unidad nacional, consignábase en leyes la sucesion del trono (1), la centralizacion del poder, los derechos y los deberes del monarca, y se afirmaban los principios fundamentales de la monarquía hereditaria.

Así tenían los reyes de Castilla por vasallos, á reyes como el de Granada, príncipes como los hijos del emperador de Constantinopla, duques y condes, como los de Borgoña, Flandes y Lorena, habiéndolo sido anteriormente los soberanos de Navarra, Aragon y Cataluña; así en fin, á la muerte del último de los Alfonsos quedaban, el trono enaltecido, la corona con brillo y el cetro con autoridad.

Seguia latente la lucha entre la monarquía y la teocracia, y aunque se ha culpado á Alfonso X de ultramontano y partidario de las decretales de Gregorio IX, impuso tributos á los eclesiásticos; hizo que los obispos fueran confirmados por los metropolitanos prescindiendo del papa; puso coto á las usurpaciones de la autoridad eclesiástica en negocios temporales; impidió que circularan por el reino las cartas pontificias, aun para pedir limosnas en favor de iglesias, sin sobrecarta del rey: se recogian á mano real las bulas en que se

atacaban derechos reales; prohibióse luego por las Córtes de Valladolid, de 1293, á las iglesias y eclesiásticos, la adquisicion y dominio á perpetuidad de nuevas posesiones, y como contrapeso á la amortizacion eclesiástica se establecieron los mayorazgos; reprimió el concilio general de Lyon multitud de órdenes religiosas, y el papa Gregorio X, dijo que los prelados eran la causa de la caída del mundo entero, exhortando á todos que se corrigieran ó sino los castigaria.

A la vez de algunas concesiones, como la que se hizo á los clérigos del obispado de Salamanca y otros, para que pudieran instituir herederos á todos sus hijos é hijas y nietos y á cuantos de ellos descendieran por línea derecha, prohibióse la sepultura eclesiástica á sus concubinas en el arzobispado de Toledo, viéndose frecuentemente al lado de una concesion, una restriccion.

En la minoría de Alfonso XI, obtuvo el clero grandes ventajas, que le fueron despues confirmadas, obteniendo la orden premonstratense el privilegio de no pagar diezmos, ni por sus casas, ni por sus bienes, aun los que adquiriera, tomándola el papa Juan XXII bajo la tutela y custodia de la Santa Sede.

Vemos, pues, que no amenguaba la influencia del clero, porque era siempre grande su poderío.

La nobleza, lo mismo que todas las clases, se aprovechó de las circunstancias y procuró ganar por un lado lo que perdía por otro: obtuvo de don Sancho, el restablecimiento del título y dignidad de conde, creció en fuerzas y altivez en la minoría de don Fernando IV, pero don Alfonso XI, puso coto á algunos abusos, obligó á los nobles á pechar y á que llevaran sus diferencias á los tribunales y no las dirimieran con las armas, les quitó el derecho de fortificar las *peñas bravas*, y demolió sus castillos. Breve fué su reinado, para ver ter-

(1) Debióse á don Alfonso X, la ley de sucesion de las hembras. Ley II, tit. XV, partida II.

minada la obra de hacer de los magnates la primera clase de la nacion por su grandeza y sus virtudes. Atendió á los segundones, que eran una clase desheredada, y con la órden de la Banda, los enaltecíó dignamente.

Ninguna clase progresaba como el pueblo, porque era quien más tenia que progresar; así que, si eran favorables para las demás clases las minorías, lo fueron para él como para ninguna. A cambio de privilegios, se declaraba por uno ú otro partido, y los obtenia si permanecía fiel. El interés ha sido siempre el móvil del corazon humano. Cuando los reyes necesitaban dinero, lo pedian á los pueblos, y estos lo daban, si no podian menos, á trueque de un privilegio, que era lo comun, pues muchos tenian consignada la cantidad que habian de dar.

Habiase aprendido que, no solo se medraba con la guerra, y no se olvida lo que interesa. Se apelaba ya á las sublevaciones, repetianse las de Sahagun, y ni el sagrado de los templos servia de asilo para la ira popular desencadenada.

Pero cuando mas gigantescos pasos dió el elemento popular fué en el reinado de don Fernando IV y en la minoría de Alfonso XI: el primero se compromete á no imponer tributos ni pedirlos á las Cortes, y en la segunda se admite al pueblo como poder para la guarda del monarca y gobernacion del reino, y ya en el trono don Alfonso, se obligó á no cobrar pechos ni servicios especiales sin que fuesen otorgados por todos los procuradores que á las Cortes viniesen; y necesitando el servicio de la alcabala para la guerra, lo fué pidiendo y suplicando de concejo en concejo para que se lo otorgaran en las Cortes de Burgos.

Se instituyeron los abogados de pobres; consignóse el derecho de la seguridad personal; era oído y consultado el pueblo en los consejos del rey, alternaba con los pre-

lados y señores; y unas veces abusando de su poder y otras uniéndole al de la monarquía, pasaba por diferentes vicisitudes que despues habian de influir tanto en su destino.

Las Cortes y la legislacion forman una de las páginas más gloriosas del reinado de los Alfonsos. Reunidas con frecuencia por el X, las celebraba el XI con un aparato y solemnidad inusitados, adquiriendo de esta manera grande importancia sus decisiones, no obstante arrogarse facultades tales como asignar lo que el rey y la reina habian de gastar en comer diariamente, previniendo al monarca mandase á los que se sentaban á su mesa *que comiesen mas mesuradamente, y no ficiesen tanta costa como facian*.

Verdad es que el rey tenia el derecho de conceder ó negar las peticiones de las Cortes, pero tambien estas lo tenian de ceder ó negar los subsidios que pedia.

En cuanto á la legislacion, si no pudo conseguir su unidad Alfonso X, la ordenó el XI, armonizando admirablemente el caos que hasta entonces existia y hasta en el famoso Ordenamiento de don Alfonso VII en las Cortes de Najera. Así pudo decirse del Ordenamiento de Alcalá, que, «es el monumento mas precioso de la legislacion española que nos ha quedado de don Alfonso XI (1),» y aun puede añadirse que de toda la época de la restauracion.

La administracion pública se va organizando á la vez que el Estado; pero como éste se ensanchaba, crecian las necesidades, se aumentaban los gastos, se creaban impuestos, y en este importante ramo, el primero de las naciones, y en comercio, se adoptaban providencias más en armonía con el bien público que algunas que hoy rigen.

Las cofradías y hermandades, relacio-

(1) Asso y de Manuel.

nándose unas con las industrias, artes y oficios, con la seguridad otras, y con la política algunas, fueron creciendo y llegaron á adquirir tal importancia que constituyeron un verdadero poder, y presentan hechos de grande enseñanza.

Notable el progreso en todo, no podia menos de serlo en la ilustracion, y aunque no era fácil un rey más sabio que Alfonso X, las semillas que este sembró, dieron ópimos frutos, y las ciencias y las letras siguieron cultivándose con más ó menos acierto, protegiéndolas don Sancho y muy especialmente el último de los Alfonsos, que ya escribiera ó mandara escribir el libro de Montería, hizo componer las crónicas de los tres reyes, que le precedieron, dando así una prueba de su grande ilustracion.

ANTONIO PIRALA.

LA NEGRA DE GUAYAQUIL.

Thus Belial, with words cloth'd in reason's garb,
Counsel'd ignoble ease and peaceful sloth,
Not peace:

MILTON.

Lo que voy á referir á mis lectores sucedió en la ciudad de Guayaquil. Como casi todas las poblaciones que bañan las aguas del Pacífico, en esta se encuentran muy pocos objetos que puedan despertar la curiosidad del viajero.

Guayaquil eleva sus altas torres y sus nobles edificios en medio de las espesas selvas y sobre las corrientes del espacioso Guayas, puerto principal del Estado del Ecuador, y tránsito necesario para todos los artículos extranjeros de consumo que van á Quito, Imbabura y á todas las provincias interiores de la república.

Una mañana, en la que recorría las calles de esta ciudad, observé que las nubes se adelantaban hácia el Oeste en forma de pesadas masas, como ejércitos que se preparan á dar una gran batalla. Los transeúntes abrian sus paraguas; yo apreté el paso para atravesar la plaza principal, pero

apenas llegué al centro de ella, cuando estalló la tormenta y cayeron sobre mi cabeza las cataratas del cielo. Buscando un abrigo contra aquel copioso torrente de agua, me precipité en un almacén donde se vendian libros.

Aunque mi residencia en Guayaquil habia sido corta, conocia, no obstante, al librero. Le habia comprado algunas obras, habiamos entrado en conversacion y supe que era español; capitán del ejército carlista, que no habiéndose conformado con las bases del convenio de Vergara, habia seguido á Cabrera hasta el fin de la campaña, y que despues de una corta residencia en Francia se habia embarcado para la América Meridional, comisionado por una librería española establecida en París. Llamábase mi compatriota Miguel Campero.

Cuando yo le conocí tendria unos cuarenta y cinco años; era delgado, de color pálido, nervioso, de mirada viva y agitada, cabellos cortos; era además un tanto hablador; jamás podia estarse quieto, pues observaba que siempre removía alguna cosa entre sus manos.

Yo, este día, para adquirir el derecho de esperar en su almacén el fin de la tempestad, compré un tomo, y en el momento de satisfacer su importe, el librero interrumpió una frase que habia comenzado y lanzó un hondo suspiro.

Yo me senté en un banco colocado cerca de una ventana, y empecé á hojear mi libro. Poco despues entró un joven mulato con un talego de pesos fuertes sobre su hombro, se sacudió como un perro que sale del agua, y rió á mas no poder de ver empapado su ligero traje; en seguida deramó sobre el mostrador el dinero que traía en el saquillo; amontonó los duros en forma de pilones, contó, pidió un recibo y salió. Miguel Campero fué cogiendo uno por uno los pilones de plata, y cada vez que echaba uno en el cajón lanzaba un hondo suspiro. Llegué á contar diez y ocho suspiros, que agregado el que lanzó cuando recibió el importe de mi libro eran diez y nueve.

La lluvia y el viento continuaban. En medio de una ráfaga de viento vi precipitarse de repente en el almacén una familia inglesa. Las miss pidieron un devocionario protestante; hecha la elección, el padre abrió el porta-moneda y pagó en oro el valor de la mercancía. Campero cogió el dinero, y al echarle en el cajón lanzó otro suspiro. Y van veinte.

Llegó otro parroquiano; á éste sucedió un alemán que compró una gran cantidad de libros y cuadernos referentes al espiritismo: entregó una gran cantidad de dinero en oro y plata. Aquí perdí ya la cuenta de los suspiros del librero; pues ya no eran suspiros sino sollozos.

Mi curiosidad estaba escitada. Que mi compatriota tuviese algún motivo grave de tristeza, lo encontraba muy natural, pero que revelase su pesar precisamente en el momento en que recibía el precio de sus libros, y que los suspiros fuesen más agudos cuando era mayor la cantidad que recibía, esto era lo que yo no encontraba natural.

El sol había reaparecido, y bajo sus oblicuos rayos brillaba el pavimento de la plaza como un espejo. Me levanté para salir lentamente, y abrochándome los botones de mi levita, dije al librero:

—Parece que hay en Guayaquil muchos aficionados á la lectura; he visto entrar muchos extranjeros, y veo con gusto que prospera el comercio de libros, y vd. sobre todo.

—Sí, señor, repuso Campero; los negocios van muy bien; no tengo motivo de queja.

Aquí no pude disimular mi sorpresa, y el librero adivinó mi pensamiento.

—Comprendo, me dijo; vd. sin duda me ha oído suspirar.

Yo incliné la cabeza sonriéndome.

—Sí, sí, continuó el librero; yo debiera ahogar este ridículo suspiro. Pero, amigo mío, después de todo, no tengo motivos para estar muy satisfecho. Las mejores casas de libros, en un país tan reducido como este, no son minas de oro, y aun

vendiendo mucho y viviendo económicamente, no me encontraré en estado de retirarme del oficio antes de ocho ó diez años.

—¿Tendrá vd. cuarenta años, poco más ó menos?

—Dentro de diez años tendré cincuenta y cinco. Hay mucha diferencia de haber hecho su fortuna á los cuarenta y cinco años, á esperarla á los cincuenta y cinco. Mientras la vejez está distante no hay motivos de inquietud. ¿Se quieren riquezas? Las consigue, el que como yo, ha tenido el buen sentido de quedar célibato, para luego triplicar su fortuna por medio de un brillante casamiento. ¿Tenemos ambición? se liga uno á una familia, que por su influencia nos lleve poco á poco á los primeros puestos del Estado. ¿No es esto también lo que se desea? ¿Se quiere conocer al mundo? ¿Quién nos impide ir y venir para visitar los mejores países? En una palabra, podemos disponer de nuestras rentas, de nuestros años, según nuestro antojo; es una vida nueva que comenzamos enteramente opuesta á la primera; pero las ventajas no son las mismas cuando se ha vivido más de medio siglo. Entonces ya es necesario pensar en que el vigor del espíritu y del cuerpo comienzan su descenso; el matrimonio deja de ser ya una cosa prudente, los viajes lejanos no tienen los mismos atractivos, deseamos el reposo, y lo más prudente entonces es comprar á cierta distancia de la ciudad una casita de campo, donde nos retiramos para vivir con los productos de nuestra hacienda, sin otra perspectiva que la de proveer la despensa y cultivar nuestras flores.

—Esta no es una posición tan desgraciada, señor Campero, le repuse; es, por el contrario, lo que todo el mundo desea, y casi todos los hombres se darían por muy contentos si tuviesen la seguridad de disfrutarla á los sesenta años. El destino de la mayoría de la especie humana ¿no es el de trabajar incesantemente, con la única esperanza, (casi siempre defraudada), de poder descansar un poco al fin de la vida, sin tener que sufrir la miseria?

—Tiene vd. razon, contestó el librero; tiene vd. mucha razon; vd. es mas sabio que yo, paisano.

Y allá va otro suspiro mas hondo y profundo que los precedentes.

—Pero, añadió con brusca entonacion y una especie de arranque apasionado, yo no puedo separar de mi pensamiento, que precisamente en este mes, sin un acontecimiento desgraciado, yo seria á estas horas millonario.

—¿De veras? murmuré con alguna frialdad.

Ya me arrepentia de haber cedido á mi curiosidad.

Se me figuraba que mi compatriota era un hombre vulgar. Sin duda habia echado sus cuentas sobre alguna herencia. Todos los dias estamos siendo testigos de estas miserias morales, muy poco dignas de simpatía. Se concibe además, que nadie pueda enagenarse de un movimiento de compasion hácia aquellos que caen desde estos sueños dorados en un abismo de pobreza y de bochorno, de donde no pueden salir jamás: pero este librero, tan bien preparado para la vejez, ¿qué derechos tenia á una palabra de compasion?

Yo me adelantaba hácia la puerta, con los lábios cerrados. Miguel Campero, evidentemente hombre muy sagaz, comprendió que yo me retiraba dominado por una impresion muy desfavorable, y juzgó sin duda que habia ya dicho mucho para que no le interesara hacerme comprender toda la extension de su pensamiento; ó bien tenia el corazon oprimido y necesitaba á cualquier precio una ocasion para desahogarse.

—Paisano, me dijo; mire vd. aquella casa de enfrente. Esto me decia señalándome á una casa de planta baja, cuya fachada estaba pintada de azul celeste. Despues puso su mano ligeramente sobre mi brazo como para pedirme que no me ausentara tan pronto.

—Paisano, prosiguió: la vista de esa casa es para mí un tormento. Hace tres meses que pertenecia á una negra liberta y viuda, que devoraba mas novelas en un solo año

que toda la ciudad en diez; y note vd. que me las compraba sin hacer la mas insignificante rebaja; era la mejor de mis parroquianas.

Estas palabras me anunciaban una historia. ¿A quién no le gustan las historias cuando se viaja? A mí mas que á nadie, cuya principal ocupacion en mis largas expediciones ha sido recoger cuantas historias y anécdotas he podido en los infinitos parajes por donde he transitado.

De comun acuerdo nos preparamos él á contar y yo á escuchar. Volví á ocupar mi banco, y Miguel Campero tomó una silla y se sentó junto al mostrador. Se abasteció de unos cuantos pliegos de papel blanco, y mientras hacia pájaras y las iba enfilando en el mostrador, para tener alguna ocupacion, me hizo la siguiente relacion.

La negra Dominga Bamboyena, se sentaba todos los dias desde las ocho ó las nueve de la mañana cerca de una de aquellas ventanas, y dando frente á un espejo, en un gran sillón de balanceo. Yo la veia desde aquí leer hasta que oscurecia. Su criada, que era otra negra africana, ha roto bastantes pares de zapatos de seda en el tránsito que conduce desde aquella casa á mi almacén. Algunas veces la misma negra Dominga Bamboyena venia á consultarme y á pedirme la lista de los libros que deseaba. ¡Cuánto no leería! El nuevo y el viejo; el grave y el festivo; el conocido y el desconocido, todos pasaban á sus manos. Esta era la manera que tenia de matar el tiempo.

A principios del último otoño, sus visitas fueron mas frecuentes y mas dilatadas. Observé tambien, que muchas veces mientras yo la hablaba, montaba de pronto sus espejuelos sobre su nariz y me miraba con fijeza y de una manera estraña. Otras veces me hacia preguntas muy singulares y muy minuciosas acerca de mis negocios, de mi fortuna, de mis deseos y de mis proyectos.

Estas diversas circunstancias me dieron en qué pensar. ¿Cuál sería la causa de este repentino interés que parecía inspirarle á la negra Bamboyena? ¿Qué meditaba?

Una tarde en que yo parecía estar mas comunicativo que de costumbre, tuve la imprudencia de referir esta aventura á mis amigos del *club de la Amistad* (1). Esto fué lo mismo que haberme hecho reo de la mayor de todas las extravagancias. En toda la noche no se habló de otra cosa mas que de la negra y de mi humilde persona.—Miguel Campero prepara sus bodas.—¿Nos convidará vd?—Por lo que á mí toca, exclamaba un compadre mio, desde ahora pido á la novia para la primera polka.—¿Qué polka? exclamaba otro; para el tango, querrá vd. decir. ¿Olvida usted su color?—Es muy vieja, decia otro, para que sópote una danza tan animada y voluptuosa.—Comprendo este casamiento, decia otro riendo á carcajadas; la negra viuda se ha imaginado que Campero es el autor de todas las novelas que le ha comprado.—No, interrumpia otro; es que la negra se ha vuelto loca de tanto como ha leído, y medita contra nuestro amigo alguna atroz venganza.

La broma duró lo menos dos horas, Supondrá vd. desde luego que desde este dia, me guardé bien de volver á pronunciar en presencia de mis amigos el nombre de Dominga Bamboyena; pero á pesar de mi tardía prudencia, no pude evitar las alusiones intencionadas de mis compañeros de billar y de tresillo.

Y sin embargo, yo no era juguete de una ilusion, y cada vez tenia mas motivos para persuadirme, vista la conducta de mi negra parroquiana, de que tenia con respecto á mí alguna intencion grave que yo no tardaria en descubrir.

(1) En América llaman club á lo que entre nosotros se conoce con el nombre de casino, tertulia, etc., etc.

Un dia la negra viuda me suplicó que yo mismo le llevase á su casa los últimos catálogos de obras españolas que hubiese recibido. Yo jamás habia entrado en su casa, y quedé sorprendido al ver la riqueza de su moviliario. Muebles de puro ébano, tapices de Persia, arañas de cristal de roca, jaulas de perlas donde revoloteaban los pájaros mas estraños del Brasil, espejos de Venecia y de Bohemia, relojes con cajas cinceladas, pinturas chinas, curiosidades y obras de arte de todas clases.... Yo quedé deslumbrado.

La negra estaba muellemente recostada en una hamaca de paja de Chile con un libro en la mano, y su negra doncella la mecía y la aireaba con un inmenso plumero. Creí encontrarme en uno de esos pasajes de los cuentos de las *Mil y una noches*.

La negra se incorporó, sin salir de su hamaca; mandó salir á la criada, la que antes de haberse ausentado puso un sillón al lado de su ama, la cual me hizo señas para que me sentara. Estábamos solos.

Despues de algunas palabras insignificantes, me habló con corta diferencia en estos términos:

—Señor don Miguel, vd. es un hombre laborioso, hábil, económico, y probo; pero usted no es dichoso.

Yo la miré con sorpresa. La negra lo conoció, y me mostraba sus dos hileras de dientes, y prosiguió:

—No; vd. no es dichoso, porque tiene usted una gran pasion, y porque vd. no espera poder satisfacerla.

Yo me estremecí; me ruboricé.... yo tuve miedo. ¿De qué pasion queria hablarme? Entonces me acordé de las bromas que me habian dado en el *club de la Amistad*.

La negra me tranquilizó con un gesto.

—Esta pasion, amigo mio, es la de la riqueza.

Yo entonces respiré. ¿Y por qué no? ¿Quién es capaz de reconvenir seriamente á un traficante en libros porque desee tener fortuna? ¿No vamos todos detrás de

ella? Los libreros no son los únicos..... Pero prosigamos.

La negra Bamboyena continuó:

—Yo sé por la casa que guarda el dinero de vd., que tambien guarda el mio, y que radica en Quito, el estado de su fortuna tan bien como el de la mia. La posicion de vd. no es mala... es mediana. A todo lo que vd. puede aspirar, sino sobreviene algun cambio considerable, es á llegar tarde ó temprano á un cierto bienestar; en el caso en que vd. se encuentra la riqueza no está á su alcance. Ahora bien, señor Campero, prosiguió lentamente, y con una mirada investigadora que ya yo conocia. Señor Campero, yo sé positivamente, yo la viuda del coronel negro Bamboyena, que antes de un año puede usted ser mucho mas que millonario.

Estas palabras casi casi me sacaron de tino. Una multitud de sentimientos confusos de temor, de dudas, de vergüenza, de deseo me agitaban. Comprendí que me hallaba en uno de los momentos mas solemnes de mi vida. Yo veia que la negra esperaba mi respuesta, y yo no podia desplegar mis lábios. En fin, me preparaba para hacer un esfuerzo y decirle, que indudablemente se chanceaba, pero que era muy peligroso jugar con ideas de esta clase. La negra lanzó una estrepitosa carcajada.

—No vaya vd. á presumirse, amigo Campero, que quiero casarme con vd. No, no; Dios me libre de semejante tentacion; no soy tan loca como vieja.

La negra se reia con la garganta, pero su rostro permanecia grave y su expresion áspera. Yo la encontraba verdaderamente muy fea.

—Advierto á vd. además, señor Campero, que tampoco tengo intenciones de nombrar á vd. mi heredero. ¿Para qué habria yo de dar á vd. mi fortuna? Nada le debo; usted no me ha hecho ningun género de servicio. Vd. me vende muy caras sus novelas; yo se las pago al contado, y sin regatear. Además, mi testamento está ya hecho, y no hay ningun Campero en el

mundo que me obligue á variar una jota. ¿Quiére vd. que sea mas franca, señor librero?

Yo casi estuve tentado por decirle que su franqueza habia traspasado los límites de la conveniencia.

—Es necesario que hablemos muy claro, prosiguió la vieja. Confesaré á vd. por lo tanto, que no tengo un gran interés acerca de su persona.

La negra me parecia cada vez mas desagradable; y verdaderamente yo no me encontraba muy á gusto. Estoy seguro que en aquel instante debia yo tener una cara de estúpido. Ni casamiento, ni herencia, ni aun, pensaba yo, aquella especie de benevolencia comun que hubiera podido nacer de la costumbre de nuestras relaciones. ¿A qué venia esta aspereza? ¿Qué me quedaba ya que suponer, sino era algun proyecto quimérico; alguna explotacion de minas de diamantes en los parajes volcánicos de Chile; algun viaje de especulacion á California?..... ¡Cuidado Miguel! me decia; mantente firme: esta vieja negra es muy ladina; necesita de ti; no te dejes engañar ó hechizar.

—No se esfuerce vd. en sus profundas meditaciones, añadió la negra viuda. Por mas que procure vd. profundizar mi pensamiento, y leer en el blanco de mis ojos, usted no adivinará nada. Paciencia, y entendámonos: ¿Diga vd. si se siente capaz de guardar inviolablemente un gran secreto, cuando vd. haya comprendido que obtendrá en premio una opulencia como vd. jamás ha podido comprenderla?

Mis temores renacian con mas vigor. ¿Por qué tantas precauciones? Debia existir en el fondo de todo esto algun misterio de mala especie.

—De todas maneras, dijo la negra, desmontando de su nariz los espejuelos, y tirándolos sobre la hamaca como si hubiese renunciado á observarme mas tiempo, mi partido está tomado. Con razon ó sin ella, quiero tener confianza en vd.; su deseo de asegurar una gran fortuna, es para mí una garantía de que no me hará una traicion.

Yo soy rica, señor Campero, mucho mas rica que lo que puede suponer ningun habitante de Guayaquil, excepto la casa de Quito, en que tengo impuesto mi dinero; y aun esta misma, no sabe una gran parte de la verdad. La procedencia de esta fortuna es lo que no he dicho á nadie todavía. Hace veinte y cinco años que vine á esta ciudad con una carta de recomendacion para la casa alemana Van-W..... compré esta casa, y en ella he vivido constantemente en una soledad absoluta. No hay cosa mas natural. Nadie se ha ocupado de mí, ni yo tampoco me he ocupado de los demás; y á la verdad, yo pensaba gozar en paz de esta agradable indiferencia del público hasta mi última hora, sin abrir á nadie mi puerta ni mis secretos. Pero, ¿qué quiere v.l.? nada hay perfecto; nadie es libre de pensar siempre juiciosamente: una maldita idea que me asedia hace ya muchos meses, y que inútilmente he combatido noche y dia, me obliga, bien á mi pesar, á hacer una excepcion en favor de vd. Escúcheme, pues, atentamente.

Yo no debo mi fortuna á mi marido, que fué hijo de un esclavo de Rio-Janeiro, y que habiendo adquirido su libertad siendo jóven, estudió, fué profesor de matemáticas y luego coronel de caballería; no la debo tampoco á mis parientes, ni á ninguna clase de comercio; yo la debo..... no se asombre vd., ni se indigne, señor Campero, yo la debo al juego..... ¡al juego! Tranquilícese vd..... no soy ninguna jugadora, jamás he cogido un naipe. He jugado á la ruleta, y segun cálculos ciertos, he ganado unos seis millones de pesos.

Debo confesar á vd., me decia el libre-ro, que escuché esta especie de confesion de la negra, sin la mas leve emocion. Yo estaba frio. Fuera ó no verdad lo que esta mujer me decia, me importaba poco; hasta aquí no me veia espuesto á ningun peligro.

La negra Bamboyena me refirió despues toda su historia. Despues de la muerte de su marido encontró entre sus papeles un manuscrito que tenia por titulo: «Medio

infalible de ganar á la ruleta.» Esta memoria, compuesta durante la noche en una habitacion de Rio-Janeiro, por un pobre militar que jamás habia puesto el pié en una casa de juego, le pareció que no tendria importancia. Recogió el poco de dinero que su marido le habia dejado, y obtuvo del gobierno imperial una pobre viudedad. Con estos recursos pudo vivir sin gravar á nadie, pero experimentaba algunas privaciones. Como en este tiempo tenia mas de cincuenta años, no pensó en mejorar su suerte por medio de otro matrimonio. Pero á los seis meses de viudedad, vió que su pena conyugal se trasformaba en un fastidio mortal. La memoria manuscrita habia vuelto á caer entre sus manos, la recorrió, y merced á la costumbre que habia adquirido en ayudar algunas veces á su marido en los trabajos de su primitiva profesion, llegó á comprender perfectamente sus cálculos relativos á las combinaciones de la ruleta para aficionarse cada vez mas á esta lectura. Bien pronto no pensó mas que en Bahía, Fernambuco y Santa Catalina. Comenzó á inspeccionar acerca de lo que se oponia á poner en vías de ensayo el sistema de su marido en alguna casa de juego de alguna gran capital de América. Tomada su resolucion se puso en camino, y tuvo el valor de sentarse al lado del tapete verde y de tentar su fortuna. Al principio no le fué muy favorable, pero estaba convencida de que cuando perdía, era porque habia olvidado ó comprendido mal algunas de las prescripciones del precioso manuscrito, que no se atrevia á consultar en público.

Por otra parte, arriesgaba muy poco dinero y sabia retirarse á tiempo. Al fin de la estacion era poseedora de una bonita cantidad de dinero. Pasó el invierno estudiando nuevamente las reglas para no esponderse á cometer nuevos errores. Luego, con el objeto de no llamar la atencion, se formuló un programa en el que determinó en cuántos años y en qué lugares llegaria sucesivamente á la cifra que deseaba. En una palabra, logró enriquecerse; pero no

dejaba por eso de conocer que todo no había sido felicidad en esta vida errante, agitada, misteriosa y sospechosa en medio de la sociedad de los jugadores, que en su mayor parte no son modelos de probidad ni de urbanidad. Por otra parte, habiendo logrado su propósito, le había sido preciso renunciar al placer de gozar, en el país donde había nacido, esta riqueza rápida, cuyo origen no habría podido declarar sin repugnancia. Por consiguiente, se vió privada de lo que mas había deseado; es decir, de las satisfacciones del amor propio que se había prometido, de la admiración y de la envidia de las personas que la habían conocido en otra condición y que la habían tratado con el desden natural que inspira una negra que no tiene fortuna. Cedió á la imperiosa necesidad de alejarse del Brasil, y vino á ocultar su vida á la ciudad de Guayaquil. La ventaja de ser rica en condiciones semejantes, era mas bien imaginaria que real, porque sus deseos eran limitados, no tenía ocasiones para grandes dispendios, y la costumbre le había hecho casi indiferente á las riquezas acumuladas á la sombra de su casa. Ella afirmaba, que bien considerada su posición, no encontraba nada de qué poder reconvenirse de una manera grave. Cualquiera en su lugar, decía, hubiese hecho otro tanto. Y sobre todo hay cosas que no se pueden evitar. Creía que era una debilidad de su alma, consecuencia de su vejez, mas bien que un escrúpulo de su conciencia, que desde algun tiempo á aquella parte experimentara en su ánimo tan extrañas inquietudes. Pensaba que no teniendo hijos, hacia una obra meritoria viniendo en socorro de los herederos de los diferentes jugadores que había visto arruinarse en las mesas donde ella había encontrado tanto oro. Había hecho ciertas investigaciones que se detuvieron sobre cierto número de familias que se habían hecho dignas de importancia, á las cuales dejaba en su testamento toda su fortuna. Persuadida de que había hecho tanto ó mas de lo que podía, esperaba volver á entrar en el pleno ejercicio de su reposo;

pero en cambio de estos razonamientos en este sentido, no había podido encontrar su serenidad de otros tiempos; la aquejaban, aun cuando vagamente, otros escrúpulos; una idea un tanto extravagante se había apoderado de su imaginación, y la agitaba de tal manera, que la obligaba hasta perder el sueño. Esta idea la sugería, como un deber, la fundación de un establecimiento de caridad donde se educasen niños, de manera que pudieran garantizarlos, por medio de una educación especial, de la pasión hacia los juegos de azar, y de toda especie de ganancia que no procediera de un trabajo útil y honroso. No encontraba mas que esa especie de espíritu maligno, de ese demonio interno que se había apoderado de su razón con sus mejores frases; no encontraba un exorcismo capaz de espulsarle; el camino mas corto que podía seguir, era someterse. Pero había dispuesto de todo su capital por una disposición testamentaria, y le repugnaba renovar su voluntad; no veía mas que las economías que tenía que hacer sobre su renta durante cierto número de años para lograr la fundación de su establecimiento de orfandad. ¿Sería esto suficiente? ¿No tenía mas edad que la necesaria para esperar nada del siguiente día? ¿A qué medio recurrir? Uno solo se había presentado á su imaginación: no había mas remedio que jugar por la última vez; y de este modo sacaría del mismo juego la cantidad necesaria para separar el mayor número posible de gente de estas terribles tentaciones. Había querido poner este proyecto en ejecución, pero ensayándose en su misma casa, para hacer su antiguo papel de jugadora, observó que su cabeza se encontraba á la sazón demasiado débil para tener la seguridad de quedar siempre dueña de las combinaciones tan multiplicadas como variadas que era menester concebir y dominar durante horas tan avanzadas de la noche, bajo las penetrantes miradas de los banqueros, y en medio del odio fébril de los jugadores. Además tenía el presentimiento de que el día menos pensado sucumbiría repentina-

mente, como su madre, de un ataque apoplético; no quería esponerse sola á las agitaciones de las casas de juego; necesitaba un compañero, y ¿por qué no decirlo? La negra lo confesaba con la sonrisa equívoca de un cómplice.

I. A. BERMEJO.

(Se concluirá).

UN CERO A LA IZQUIERDA.

—A fé mia, decía Toribio acabando de arreglar la habitación de su amo, el señor don Benito, empleado en el ministerio de Hacienda, es un hombre de bien; no tengo motivo de queja, pero yo serviría con mas gusto al jóven vecino del cuarto principal, el señor don Bernardo Cantillana. Es un caballero á quien me gustaria servir. ¡Un autor dramático! Abre uno continuamente la puerta á señoras muy bonitas, á hombres célebres, y va uno al teatro; además no tendria como aquí el aspecto de ser el portero de la casa. Es necesario responder á cada momento al señor don Dámaso, el propietario de la casa, que vive en el cuarto segundo, ó correr para buscar al médico para la abuela de Victor, el pintor del piso tercero, ó llevar un billete amoroso de parte del jóven artista á la hija de don Dámaso. Hasta el gacetillero del piso cuarto me da las cuartillas para llevar á la imprenta, y todo esto lo hago sin que ninguno me dé un céntimo, porque el señor don Benito, que es el hombre mas amable del mundo, me ha dicho que no reciba nada de nadie.

Aquí llegaba el monólogo de Toribio, cuando don Benito entró de muy mal humor, contra su costumbre. Esto sorprendió tanto á Toribio, cuanto que era un dia festivo, dia muy apetecido para don Benito, pues desde la víspera se iluminaba su casa con la luz de la satisfaccion. Toribio, para quien su amo no tenia secretos, iba ya á

penetrar la causa de su enojo, cuando entró inopinadamente don Bernardo, y Toribio se retiró por discrecion, seguro de satisfacer mas adelante su curiosidad.

—¡Ah! exclamó Benito en el momento que apareció Bernardo, su antiguo amigo; soy muy desgraciado; estas cosas no le pasan mas que á mí.

—¿Qué tienes? preguntó Bernardo.

—Mi empleo de auxiliar, debido á mis años de servicio, acaba de ser concedido á otro por el favor... una intriga de mujer...

—¿Y eso te admira? respondió Bernardo. Eso es cosa muy comun. Aquí es necesario emplear la intriga contra la intriga.

—Pero ese medio no es honrado ni decoroso, dijo Benito con candidez.

—Yo no digo que sea honrado ni decoroso, pero digo que es el que tiene mejor resultado. Por otra parte, en buena guerra se combate á los hombres empleando las mismas armas.

—Eso es bueno para tí, dijo Benito, que te complaces en crearte enemigos.

—Esa es mi fuerza, exclamó Bernardo, el hombre sin enemigos no sirve para nada. No se le teme; no inspira interés. ¿Crees tú, que son los amigos los que hacen la reputacion de un hombre? Nada de eso. Los enemigos, á fuerza de denigrar á una persona, concluyen por popularizarla, y dicen: «Este hombre vale, puesto que tantos se eucarnizan contra él.» Desde entonces le observan; al paso que aquel que no tiene enemigos pasa como un indiferente en la vida, mezclado al vil rebaño de la humanidad, *servum pecus*, del cual no se habla. Es lo que se llama un cero á la izquierda.

—Es verdad, dijo Benito; creo que acabas de hacer mi retrato.

—Muchas veces te he reprendido por tu escesiva benevolencia; pero no se trata de eso. Se representa esta noche en el teatro del Príncipe una pieza en un acto mia; tengo que ir ahora mismo al ensayo general, y no tengo tiempo para distribuir los billetes que me acaban de traer para repartirlos. Tú conoces mucha gente y pue-

des hacer la distribucion con acierto. En tus manos pongo mi destino y corro al teatro. Confeccióname una *clae* brillante.

—Muy bien, dijo Benito tomando los billetes y poniéndolos encima de su mesa.

—En cuanto á tí, te repito, añadió Bernardo, si quieres tener fortuna, haz lo que yo, ten enemigos.

Y se fué.

—¡Tiene enemigos! pensaba Benito despues de la ausencia de su amigo. Si, señor; ¿y por qué no he de tenerlos? Puede ser que tenga razon. Yo me dejo comer, como vulgarmente se dice. En el ministerio, yo hago el trabajo de todos; no me hago valer, no me hago temer. Obedezco con tanta facilidad que no me suponen capaz de mandar. ¡Si yo pudiera ensayarme para tener enemigos!.... Esto no debe ser muy difícil. ¿Por quién comenzaré? Por el primero que se presente. Aquí viene Toribio.

—¡Toribio!

—¿Qué manda el señorito? respondió Toribio adelantándose con aspecto de discrecion, como hombre que espera.

—Te echo.

—¿El señorito me echa? repuso Toribio asombrado.

—Sí, te echo.

—La palabra es dura, respondió Toribio.

—Te despido, si quieres mejor, repuso Benito.

—Ya eso es diferente, exclamó Toribio, cuyo rostro dejó ver una especie de satisfaccion. El señorito me ha comprendido; ha adivinado que yo queria servir al señor don Bernardo, yo no me determinaba á decírselo, pero vd. colma mis deseos. ¡Qué bueno es vd., señorito!

—¡Cómo! ¡me da las gracias! exclamó Benito confundido.... Yo creia. .. ¿Quiéres dejarme para entrar al servicio de Bernardo?

—Sí, señor.

—¡Ingrato!

—Señorito, por favor, entendámonos. ¿Me despide vd. ó no?

—Vete á los infiernos, exclamó Benito realmente encolerizado.

Toribio se retiró creyendo que su amo habia querido probarlo.

—No hay medio, dijo el desgraciado empleado, ya he querido hacer un enemigo de Toribio, sabiendo que no hay peor cosa que un criado despedido, y le doy gusto. No empiezo con buen éxito.

En este momento entró Victor, el jóven pintor, conmovido y con una carta en la mano.

—Perdone vd., caballero, dijo Victor, creí que habia vd. salido y buscaba á Toribio.

—Está vd. muy agitado, señor don Victor. ¿Van mal los negocios? ¿No se gana con la pintura?...

—Yo no me quejo de mi profesion, teniendo paciencia se consigue todo, pero estoy furioso contra don Dámaso. Ha habido un poco de recelo estos dias por cierto movimiento revolucionario que se preparaba, mi abuela está muy enferma y no he podido salir á la calle, y don Dámaso, se ha permitido chancearse delante de su hija de una manera inconveniente. Ha creído que yo habia tenido miedo.

—Aquí está mi negocio, se dijo al momento Benito. Busquemos el amor propio de este jóven sobre un asunto tan delicado y será mi enemigo mortal....

Pues bien, añadió Benito en voz alta, soy de la opinion de don Dámaso.

—Observe vd. que mi abuela esta enferma y que no tiene otra persona que la cuide.

—No me retracto, repuso Benito. Es necesario que el hombre no dé lugar con su conducta á las interpretaciones....

—¡Cómo! exclamó Victor, cuyas orejas comenzaban á encenderse, me habla usted de un modo....

—Hablo como debo y como quiero, respondió Benito.

—¿Sabe vd. que si he tolerado en casa de don Dámaso, por motivo que no tengo necesidad de explicar, chanzas de mal género, no las toleraré en su casa de vd.

(Se continuará).